

heroica, cuando lo que se había cometido era un gran error. La exaltación de las masas fué lo que dejó al país con una reserva muy limitada de fuerzas morales para su defensa. Política de exaltación, decimos nosotros, y la censuramos con toda la fuerza de nuestro ánimo. Si la república quiere vivir dentro de su propio espíritu, que implica ejercicio de la libertad, no es natural que las cuestiones nacionales se abandonen a la ventura de los delirios populares que no pueden engendrar sino tempestades, por buenos que sean.

No hallamos como relacionar esta forma de la política que aprovecha los entusiasmos ciegos de la muchedumbre, y que en ciertas circunstancias es un síntoma de decadencia de las instituciones de la república, con las tendencias de ésta a perfeccionarse, con su aspiración a la justicia, con su anhelo de vivir en prácticas regulares, por la fuerza de doctrinas y virtudes, que permitan al ciudadano tener patria con orgullo y al hombre sentirse hombre en las excelencias de su naturaleza moral. La política de exaltar es buena para el jacobinismo ambicioso, para el caudillo que hace de la sorpresa su elemento de acción, para soluciones fáciles y prontas, que siempre son las del mal. La república se desa-

rolla en conducta más lenta, por hechos que se depuran, por la intervención de hombres que no temen el juicio ajeno, por el debate de los asuntos que interesan a todos. Es una grande escuela o una grande disciplina del hombre que ama la libertad la cual quiere utilizar como una fuerza constructiva de su espíritu.

Y es bueno también advertir que el ciudadano no se improvisa, que se forma del buen ejemplo, de las costumbres correctas, que lo hace en trabajo persistente y hondo, construyendo en él el sentido de su poder, la conciencia de su vida social; que da a su voluntad motivos superiores de acción, que da a su alma devociones nobles y que da, sobre todo, a su pensamiento actividad y dirección. Porque el otro error social es la incapacidad del mayor número para pensar por cuenta propia en lo que interesa a sí mismo y en lo que interesa a los demás en la medida en que él es un elemento de una colectividad, en dejar que sean otros los que piensen y que no siempre lo hacen con generoso impulso. Pereza de pensar se llamaría a esta dolencia que pone a los ciudadanos al servicio de causas oscuras y de sorpresas llenas de peligros y de males irreparables.

RÓMULO TOVAR.

## UNA HORA ANTE NORTE AMERICA

A 260 metros de altura la torre del Woodworth permite ver ampliamente a Nueva York. Estuve ahí a las 9 de la mañana en un día de verano cuya luminosidad apagaba en el lejano horizonte ligera niebla gris. Por un momento vista y oído parecen obnubilados: el mar hacia el oriente, las dos corrientes del East y del Hudson que circundan a Manhattan separándola de Brooklyn y New Jersey, y una perspectiva indefinida hacia el ocaso, tan inalcanzable a la vista que la ciudad parece dilatarse a través del continente de un mar a otro, dan una impresión agobiadora.

El hacinamiento inarmónico y chocante de la ciudad baja, muelles, inmensos edificios comerciales, templos grises, la eterna fealdad del ladrillo rojo oscuro y de la piedra más oscura aún, color de chocolate, alejan toda emoción estética desde el principio. Pero al pie de la torre las multitudes cruzan afanosas, vistas desde ahí como un enjambre de hormigas, los carros se ven diminutos como juguetes infantiles, y sin embargo los ojos no alcanzan a abarcar el conjunto de la urbe gigantesca. Ella se impone. Su palpación aturde a los oídos: es un tra-

quetreo de trenes y de fábricas en confusión babilónica que da la impresión de un estruendo indefinido, como si millares de Vulcanos mitológicos golpearan millares de ayunques. Es la laboriosidad yanki que se agita con un enardecimiento de lucha febril, estruendosa y desbordante.

El espíritu perplejo un instante entiende poco a poco que está ante la plena civilización material, ante el afán de la industria, la fiebre del oro y la confusión espiritual de una agitación ciclópea. La vista de millares de fábricas y de millones de hombres bajo la impresión de un desbordamiento de energía con ritmo palpitante, del afán incontenible de una ambición superlativa, inhibe todo pensamiento y aturde la imaginación. Es como la encrucijada de la humanidad, como el nodo de fuerza de la ambición humana, el ciclón de la civilización industrial moderna.

Y saliendo de su confusión el espíritu entiende poco a poco estar ante la máxima capacidad volitiva del hombre y busca orientarse en la interpretación de ese mundo: Allá vagamente se perciben un museo de arte y una biblioteca pública de severa y hermosa arquitect-

tura, museos de ordenación metódica y grandemente ilustrativos, la aglomeración fabril, los innumerables trenes como ramales nerviosos, la libertad de acción y el horizonte indefinido. Entonces cobra un significado espiritual ese turbión de vida. La confusión de templos de tan diversas religiones, la confusión de lenguas de tan distintas razas, la nota de arte allá apagada en esa aglomeración fabril, aparece como la fragua ardiente de todas las energías del hombre en la tierra propicia del Continente americano.

Ingleses y flamencos puritanos que emigraron en busca de libertad religiosa, irlandeses, italianos y españoles que huyeron de la opresión de los dueños de las tierras de labor, semitas perseguidos por un odio ancestral, armenios desvalidos, polacos subyugados, alemanes estrechos en su tierra patria, eslavos sedientos de libertad política, todos los pueblos y todas las razas que sufren de asfixia espiritual o económica llegaron aquí. Y aquí sus cansados pulmones respiran el aire libre de las planicies americanas y sangre nueva baña sus corazones, refresca sus ideas; y enardecidos de entusiasmo, ambiciosos y libres, sacuden el yugo ancestral y construyen esta inmensa democracia donde la acción no tiene más límites que el de la propia voluntad hecha ley común; y crean estos torrentes de oro que como un alud fecunda la vida de la raza mediante la educación, la holgura, la higiene y el placer.

El espíritu entiende así una solución de los angustiosos problemas fundamentales de la humanidad: holgura de cuerpo y libertad de ideas en esta creación democrática en que tácitamente han convenido los pueblos de toda la haz de la tierra. Es la realización inesperada y aun incomprendida de los muchos sueños de muchas razas. La humanidad puede ver ahí, hechos vida real, muchos de sus enantes reprimidos anhelos.

Como tal, la democracia americana es una resultante feliz. Cierta universalidad la distingue; y su carácter es único, expresión de una amalgama indescifrable, y no de una raza especial como se ha dicho, de la cual apenas retiene el barniz uniforme de la lengua, que a su vez rápidamente busca modalidades acordes con el nuevo temperamento nacional.

Es el campo donde brotó la semilla de ilusiones de todos los pueblos: en Igualdad; aquí las castas agobiadas crearon su gobierno propio; en Libertad, se la dieron plena para su religión y sus ideales; en Riqueza, no tiene más limitación que la de su capacidad productora. Así resolvieron los crueles problemas que agobiaron a la humanidad hasta los tiempos contemporáneos.